1ra. EDICIÓN DEL PREMIO “EDUCERE” DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE PEDAGOGÍA A LA CREACIÓN ARTÍSTICA SOBRE EL TEMA EDUCATIVO ASOCIACIÓN MEXICANA DE PEDAGOGÍA A.C.

Avenida Cuauhtémoc 1185 PH2 o sexto piso despacho 2. Colonia Letrán Valle, Delegación Benito Juárez C.P. 06350 Ciudad de México

EL niño Astronauta.

Emilio Andrés Wilkerson Medina.

A mi madre y a mi novia Leonor, porque fui, soy y seré
producto de mis circunstancias particulares;
por ello agradezco a la vida tan bellas
y valiosas circunstancias.
Con cariño Emilio Andrés.

A mi padre, don Roberto Wilkerson;
por haberme enseñado todo lo que sé
y por haberme dado todo lo que tengo.
Con cariño tu hijo.

El niño astronauta

Juan Antonio Ruiseñor era un niño de la comunidad de Escondido en el Estado de Yucatán. Como cualquier otro niño estaba lleno de metas y ambiciones, las cuales para cualquier habitante de la comunidad podrían ser claramente ingenuas. Sin embargo, Juan Antonio era un niño diferente; lejos de su realidad se encontraba con un mundo inmenso por explorar.

Es preciso mencionar que para Juanito, como era conocido por todos en el ejido, el único contacto que tenía con el exterior que le permitía apreciar el mundo era una vieja televisión que se encontraba en la casa de su Chichí Lupita. Eso sí, conectado al VE tv, y a unos cuantos libros de historia universal que le había regalado el Sr. Don Alberto Wilson, dueño de la hacienda donde trabajaba su papá.

Don Alberto era un hombre de aproximadamente 60 años, de pelo blanco, pero más fuerte que un roble. Se decía en todo el pueblo que él era el único hombre en el mundo que podía desatascar un camión a gritos. Aunque era un hombre mal humorado, su talón de Aquiles eran los niños.

Cuando Don Alberto pasaba por las calles del ejido todos los niños se le acercaban y se podía ver la sonrisa en sus rostros a 20 kilómetros, pues era bien sabido que Don Alberto cada vez que veía un niño le daba dinero para comprar algunos dulces.

Sin embargo, había un niño en el ejido completamente diferente a los demás: Juanito. A él lo único que le importaba era que Don Alberto le contara una de tantas historias acerca de sus viajes, con un tono muy al estilo de Mauricio Garcés. De cuando trabajó en el palacio de Versalles o cuando se robaba flores de las cenas diplomáticas para regalárselas a sus muchas novias. Cuando Don Alberto le contaba sus historias y vivencias de su juventud era algo que Juanito disfrutaba mucho. Incluso muchas veces esperaba horas, hasta que Don Alberto terminara de pagar rayas a sus trabajadores, algunos tíos de Juanito, para pedirle que le contara una más.

Un día, con el falso pretexto de ayudar a su padre y con la única intención de ir a ver a Don Alberto, Juanito va a la hacienda a leñar con su papá. En ningún momento le pasó por la mente que ese día sería el que cambiaría su vida y su futuro.

Fue un 12 de diciembre, cuando Don Alberto celebraba a la Virgen de Guadalupe como cada año, en compañía de varios amigos y de sus hijos Paolo, Ernesto y Jaime.

Ernesto, quien era el mediano, tenía una novia llamada Elena, quien se podría describir como una de las mujeres más bellas que cualquier persona podría tener el privilegio de ver. Una mujer alta, esbelta, con una piel blanca y perfecta como la porcelana española y una sonrisa que podría alumbrar hasta la noche más oscura; pero sobre todo, una mujer con un gran corazón y un infinito y genuino interés por ayudar, con una especie de infinita debilidad por los niños.

Don Alberto, al ver al niño paseando por los jardines de la hacienda lo llamó y con un gran orgullo lo presentó ante todos sus amigos con un tono un poco norteño, el cual era muy común que tuviera cuando se tomaba 2 ó 3 copas de vino tinto.

Ese día Juanito se sintió verdaderamente especial y feliz.

Elena se acercó a Juanito y con una especie de amor maternal comenzó a platicar con él. Quedó fascinada y sorprendida con el intelecto de ese pequeño que siguió preguntándole de todo un poco.

En ese momento Elena se dio cuenta que no podía regresar a su casa sabiendo que no ayudó a aquel niño a desarrollarse y cumplir sus sueños. Así que decidió elaborar un programa de estudios para Juanito, con ayuda de la directora de la escuela de sus mil amores, el Rivers Hall.

Se encargó de enseñarle a todos los de esa escuela lo valioso y diferente que era ese niño.

Elena, convencida de darle un futuro mejor a Juanito, fue a comer a la casa de la muy querida chichí de Juanito y habló con sus padres para pedirles que permitieran que Juanito estudiara en la ciudad, en una de las mejores escuelas privadas.

A pesar de ser humildes entendían lo que significaba esa oportunidad para su hijo y muy agradecidos aceptaron.

Juanito fue llevado a la ciudad de Mérida para así poder iniciar sus estudios en una escuela con la capacidad de darle la educación que verdaderamente necesitaba.

Desde el momento en el que llegó a vivir a su nuevo hogar, que era con la familia de Elena, fue acogido con un gran cariño dándole así un sentimiento de pertenencia.

Para Juanito siempre fue difícil estar lejos de su familia, pero estaba consciente que el esfuerzo valdría la pena y estaba plenamente feliz viendo nuevos horizontes.

Con el transcurso de los años, Juan Antonio Ruiseñor fue creciendo, hizo muchos amigos, terminó la prepa con el mejor promedio, viajó, conoció, estudió en una de las mejores facultades de derecho del país: La Escuela Libre de Derecho; y sobre todo construyó una gran colección de historias.

Eso sí, durante todos esos años nunca se olvidó de la familia, sino todo lo contrario. Cada vez que había una oportunidad los visitaba. Por supuesto que también iba a visitar a Don Alberto; sólo que ahora era diferente, pues era Juan quien le contaba las historias de lo que había vivido y anécdotas de sus viajes, muy al estilo de Mauricio Garcés, porque como dice un viejo refrán... "Lo que bien se aprende nunca se olvida".

Hoy en día, Juan Antonio Ruiseñor es uno de los abogados más prestigiado y respetado de México. Su pasatiempo favorito es viajar y aprender de la historia universal.

Actualmente está en planes de boda con una mujer que conoció en la universidad mientras estudiaba. Ella es hermosa y realmente inteligente, y de verdad lo quiere, así como él la quiere a ella.

Ahora que Juan Antonio Ruiseñor prácticamente ha viajado por todo el mundo a menudo piensa que le gustaría ser astronauta, porque como él dice: "La Tierra ya me queda muy chica".